

AC 12 89

Introducción a las humanidades. Título ¿Qué es el hombre? responden Agustín de Hipona y Petrarca. Autor Lourdes Toranzo.

Fecha de emisión 2 de mayo del 83. La pregunta ¿Qué es el hombre? está en el centro de la obra de Agustín de Hipona. Es su propia alma la que se muestra al descubierto en sus escritos que son un interrogante inquisitivo.

El hombre es para Agustín un gran problema, el problema central de la filosofía. Antes de comenzar el estudio vamos a situarlo sucintamente en el espacio y en el tiempo. Hombre perteneciente a la época antigua, su misión consistió en asimilar y transmitir dos culturas, la judeocristiana y lo hace traspasando la edad media e influyendo en el renacimiento.

Inmensa fue su dotación personal, inteligencia poderosa para la síntesis y el análisis, voluntad ardiente e indomable, sensibilidad tierna y viril, imaginación creadora, iniciativa inagotable, sentido del humor y exquisita ironía. Fue variadísima su experiencia, católico, maniqueo, escéptico, neoplatónico, de nuevo católico, leyó a los platónicos con lectura cristiana y a los cristianos con ojos platónicos y a todos asimiló e interpretó en modo único, a su propio modo. Su estilo literario es cálido, preciosista, rotundo, de frase pendular y contrastada.

Puede considerarse inspirador de todas las polémicas. En la actualidad el prestigio de Agustín de Hipona va en aumento entre historiadores, psicólogos y sociólogos. No en vano ha sido maestro de la introspección y de la fenomenología sistemática y organizador de una teología de la historia.

Una vez situado pasamos a plantearnos la pregunta inicial ¿qué es para Agustín de Hipona el hombre? Tierra de sudor y de fatiga, causa de indecibles asombros, es tierra y ceniza, pobre y mendigo, absoluta vaciedad, un gran enigma, inmenso milagro. La antropología agustiniana se halla penetrada de admiración, de extrañeza de sí misma y se formula la apasionada pregunta movida por la urgencia del conocimiento del enigma humano. ¿Qué soy yo pues, Dios mío, y qué es mi naturaleza? Debajo del cielo del alma está la tierra, el humus, el hombre.

Soy para mí mismo un aerial de difícil laboreo, grande pujanza es la de mi memoria. No sé, Dios mío, qué formidable potencia es que me inspira un pavor religioso. No sé qué profunda e infinita multiplicidad.

Y esto es mi espíritu, esto soy yo mismo. ¿Qué soy, pues, yo? ¿Mi esencia? ¿Cuál es? Una vida variada, multiforme, inmensa, prodigiosamente. Es el pensamiento a la caza de un enigma.

Toda la obra agustiniana, mejor aún, Agustín mismo, es un pavoroso interrogante del ser humano, porque el ser se ofrece a sus ojos extraño, distante, sorprendente, contradictorio. Aunque es el tratado de Trinidad el que expone más profundamente su pensamiento filosófico sobre el hombre, es sin embargo en las confesiones donde Agustín expone magistralmente

respuestas al problema desde el punto de vista de la psicología analítica y experimental. Por eso vamos a rastrear sus páginas.

El protagonista es el homo religiosus, peregrino de lo absoluto, sujeto de relaciones divinas, y mejor aún, de un amor misterioso, insondable. No habla Agustín del hombre abstracto, estático, lineal, sino del hombre vivo, concreto, dividido por tensiones y deseos. Un episodio, la muerte de un amigo, descubre en el alma agustiniana toda la hondura del desgarramiento ante la limitación del hombre para impedir lo que más le sobrecoge y aterra, su desvalimiento y la contradicción esencial de su ser.

Lo narra con vivacidad apasionante. Buscabanle en donde quiera mis ojos y se les era negado y había tomado aborrecimiento de todas las cosas porque estaban vacías en él y no podía ya decirme vendrá, él o aquí, como cuando vivía y estaba ausente. Yo mismo era un grande enigma para mí y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y por qué tan profundamente me turbaba y no sabía responderme en absoluto.

Llevaba auestas mi alma despedazada y ensangrentada que no quería ser llevada de mí y no encontraba dónde ponerla, no en los bosques delitosos, no en los juegos, ni en la música, ni en los frondosos jardines, ni en los convites brillantes, ni en los placeres del aposento y la recámara, no, por fin hallaba descanso en los libros y en los versos. Daban de horror todas las cosas y aún la misma luz y todo lo que no era él me era tedioso y no llevadero fuera de los gemidos y lágrimas, pues en ellas solas hallaba alguna pequeña porción de respiro. Y cuando del llanto era apartada mi alma, sentía me agobiado de la gran carga de mi miseria.

A vos tenía que ser levantada mi alma y por vos curada. Yo lo sabía, pero ni quería ni podía, porque para mí, al pensar en vos, no erais algo sólido y firme, pues vos no erais vos, sino un fantasma agüero. Mi propio error era mi Dios.

Si me esforzaba en situarlo allí para que descansase, rodaba resbaladiza por el vacío y de nuevo se derrumbaba sobre mí. Y yo me quedaba hecho un lugar de infelicidad en donde ni podía permanecer ni de allí alejarme. ¿A dónde iría mi corazón, huyendo de mi corazón? ¿A dónde yo mismo no me seguiría en pos de mis propias pisadas? La muerte del amigo, la temporalidad muerta que considera disolución, agonía, destierro y noche, produce en el pensador un doble movimiento.

De evasión primero, buscando un ser firme y seguro, introspectivo luego, y llega en su pesquisa al descubrimiento del tema existencial. Nunca conseguirá Agustín arrancarse ese dolor de la existencia que se halla a sí misma, dolor que su conciencia agranda y refleja para profundizar así en los arcanos del ser del hombre. Se halla a sí mismo de esta suerte en los males, en la catástrofe, en la experiencia de la muerte.

Se halla más profundamente en la liberación de su vida hecha por Dios. La idea de Dios en el hombre maravilla al santo, le llena de estupor. Es cierto que otros escritores han dejado magníficos escritos en donde se apunta esta experiencia.

Recordemos lo que dirá Dostoyevsky por su personaje Iván Karamazov. Lo asombroso es que la idea de Dios se haya podido albergar en la cabeza de un animal tan salvaje y malvado como el hombre. Tan santa es ella, tan conmovedora, tan fina, que honra a un individuo.

Pero el tratamiento de Agustín es bien diferente y así, por ejemplo, exclama. En ninguna de las cosas por las que paso, consultándoos a vos, hallo lugar seguro para mi alma, sino en vos, en quien se recogen mis afectos derramados, y nada mío de vos me aparta. Y algunas veces me introducís en la intimidad de un extraño sentimiento inusitado, muy adentro de mí, a no sé qué misteriosa dulzura que, si alcanzara en mi suplenitud, no sé qué será lo que no será esta vida.

Pero presto reincido en lo de acá abajo, agravado por mi trabajosa pesadumbre, y el habitual oleaje me absorbe y me cautiva y lloro mucho. Pero me cautiva mucho. Tanto pesa la carga de la pesadumbre.

Aquí puedo estar y no quiero. Allí quiero y no puedo. Miserable en ambos sitios.

La dramática peregrinación de Agustín de Hipona, hombre pensador y santo, termina en la posesión de la sabiduría. Ha rastreado la verdad y acaba haciendo la suya. Estas son sus palabras.

Yo quiero el ser perfecto. Yo quiero el ser verdadero. Yo quiero el ser puro.

Yo quiero aquel ser que está en la Jerusalén celeste, esposa de mi señor. Allí no habrá muerte, ni mudanza, ni días transitorios, sino perpetua eternidad, que no es devorada ni empujada por la sucesión de los tiempos. ¿Qué es el hombre? Ha respondido Agustín de Hipona.

Nos encontramos ahora frente a la misma pregunta, que centra el periodo cultural e histórico que llamamos humanismo. Sin limitarlo en el espacio ni en el tiempo, porque traspasa ambas coordenadas, relacionamos este fenómeno con la acentuación de una preocupación concreta, la que el hombre tiene por el hombre. Resumiendo bien esta actitud, escribe Petrarca en su *Invectiva contra los médicos*.

Yo me pregunto de qué sirve conocer la naturaleza de las fieras y de los pájaros, de los peces y de las serpientes, e ignorar o no preocuparse de conocer la naturaleza del hombre. ¿Por qué hemos nacido? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Es rasgo distintivo de la época, merece la pena subrayarlo, la insistencia en la dignidad del hombre en cuanto centro y eje del acontecer histórico, que lleva a veces a retomar el tema medieval por otra parte del hombre como microcosmos, que lleva a exaltar la belleza humana como objeto de arte, que lleva, quizás sea lo más característico, a poner de relieve la capacidad del hombre de dominar la naturaleza. Un punto, tal vez sea necesario añadir, el sentido de la historia.

El humanista, en efecto, vive con aguda conciencia el momento histórico de cambio y crisis que presencia y adopta ante él una decidida actitud de protagonista. Si se vuelve a lo antiguo, a la cultura de Grecia y Roma, no se hace por preocupación especulativa, ni por afán esteticista o de erudición, sino porque es camino y medio para conseguir la *rinásheta*, es decir, el renacimiento

de la propia civilización. Repetimos, concluyendo, el humanista que entiende la cultura como memoria del pasado asume su personal tarea histórica para conseguir la realización plena de la humanitas, del propio tiempo.

Es precisamente el precursor del humanismo, Francesco Petrarca, quien alza ahora su voz protagonizando la pregunta a favor del hombre y de lo que el hombre representa en el cosmos. A través de Petrarca, Agustín de Hipona vuelve a adentrarse en la historia, traspasando el renacimiento y la modernidad. En pocos escritores como en Petrarca está tan vivo el rechazo de los juegos verbales a los que tan aficionado fue el trecento, contra las discusiones filosóficas basadas en juegos y lógicos, Petrarca afirma, la verdadera sabiduría consiste en la piedad.

Su actitud fundamental estriba en la distinción que constantemente hace entre ciencia y sabiduría. Para Petrarca, ciencia es saber humano, consiguientemente limitado, imperfecto. Sabiduría, por el contrario, es fe en Dios.

Entre todos los autores cristianos antiguos, Petrarca escogió a Agustín de Hipona por razones convincentes. Él había sabido unir la totalidad de la ciencia humana, antigua y nueva, con la sabiduría. Había iluminado genialmente la historia universal del género humano con la luz de escritores antiguos y modernos, entendidos a la luz de los misterios de la fe.

Por fin, él había entendido el problema de la gracia a la luz de la redención. Aumentaba su admiración el estilo potente y fogoso del santo. Le gustaban sus escritos, los saboreaba.

Y a su lado, los escolásticos le parecían áridos y toscos. Le parecía a Agustín el más grande de los escritores cristianos, porque en sus obras encontraba su alma, de modo satisfactorio, la solución de problemas que sentía como hombre y como cristiano. En efecto, para Petrarca y Agustín, el hombre aparece con sus pasiones y sus caídas, llevando a cuestas el drama, o mejor, la recapitulación del drama del género humano.

Los dos participan de la concupiscencia en todas sus formas y la definen como fuente de todo mal, verdadera causa del desconocimiento de Dios, no sólo en la historia del linaje humano, sino en la de cada ser individual. Y nos preguntamos, ¿cómo llega Petrarca a san Agustín? La tradición agustiniana estaba viva en la Galia meridional, donde Próspero de Aquitania había combatido a los semipelagianos de Marsella, defendiendo la doctrina agustiniana de la gracia, en el poema titulado Contra los ingratos y en otros escritos. Petrarca nombra a Próspero de Aquitania atestiguando que es uno de los autores que lee y estudia, un poeta bien conocido.

Los primeros estudios que Petrarca hizo del agustinismo tuvieron lugar en Provenza, luego Petrarca se hizo con un ejemplar de la ciudad de Dios en Abbiñón. En el ejemplar que usa, de su puño y letra, escribe que lo ha comprado en febrero de 1325, es decir, Petrarca adquiere esa obra en Abbiñón y en su juventud. Sobre Petrarca tuvo gran ascendiente el monje agustino Dionisio de Roberti di Borgo, maestro en París de divinidad y filosofía, experto comentarista de Ovidio, Virgilio y Seneca, el cual en sus viajes a Abbiñón conoció a Gerardo, hermano de Francesco Petrarca.

De manos de este monje, Petrarca recibe como regalo, en 1333, las confesiones de San Agustín. Este es el libro que más verdaderamente ayudó al poeta a conocer al pensador de Hipona y a conocerse a sí mismo. Y le llevó también a guardar en su intimidad como un tesoro el mundo beliosísimo que encierran las sagradas escrituras.

Porque, aunque Petrarca tenía raíces profundamente religiosas y no era totalmente ignorante de los escritores sagrados, sin embargo, intencionadamente los había pospuesto a los escritores clásicos de Roma. Desde que caen en sus manos las confesiones Petrarca los lee incesantemente. Años más tarde, escribe a su amigo Donato degli Albanzani.

Los escritores antiguos me han ofrecido muchas flores. Los sagrados, sin embargo, me han dado mucho mayor fruto. Por la copilación que Petrarca hizo de sus libros, sabemos que antes de 1337 conocía las siguientes obras agustinianas.

La ciudad de Dios, las confesiones sobre la verdadera religión y los soliloquios. También sabemos que en 1337 en Roma adquirió las narraciones a los salmos y que a partir de 1337 su lectura sobre San Agustín se hizo más y más frecuente buscando con ardor la fusión de la cultura clásica con la cristiana. En realidad, su consonancia con Agustín, el atractivo que por él sintió, se debía más que nada a su identificación con el pecador no regenerado que Petrarca era.

Devorado por la llama de los sentidos, Petrarca sentía como Agustín la necesidad de purificar sus costumbres para volver a ver el rostro divino. Agustín, al haber tenido pasiones muy semejantes y un torpe concubinato como el que Petrarca tenía, era el que mejor podía aconsejarlo y socorrerlo como médico de su alma. Prueba de ello son las conmovedoras plegarias de 1335 y 1338 en las que Petrarca suplica a Dios le conceda su ayuda porque de no tenerla se considera perdido.

Es famosa su ascensión al monte Ventoso en 1336. Las confesiones le remueven el corazón en el párrafo que señala en su epístola Posteritate. Agustín le hace tomar la resolución de no volver a acercarse a mujer alguna después de sus dos mayores caídas en trágicos periodos de sensualidad.

La regeneración comienza en esa fecha y se ve cumplida en 1350 a los 46 años. Las dos obras reveladoras de su crisis interior y la decisiva influencia de san Agustín son los siete salmos penitenciales 1342 y *sekrétum* 1342-1343. En la oración de 1338, como dijimos, Petrarca suplica ser liberado del ludibrio de las pasiones.

Al final del salmo 3, sin embargo, confiesa que vuelve a dejarse vencer por los sentidos con mayor vehemencia que nunca. En el *sekrétum*, Petrarca se avergüenza de las caídas morales que implícitamente condena. Se siente semejante a los brutos y sus manchas y culpas más repugnantes en cuanto contrastan con el amor honesto en el que debía haber puesto su confianza.

En los salmos penitenciales y en *secretum* aparece otro hecho no menos notable para quien observe el desarrollo de la terrible crisis petrarquiana y es su pregunta insistente de si no debería apagar también dentro de sí, como pecaminoso, su amor por Laura. ¿Había resuelto ordenar firmemente su vida? ¿Tendría pues que cancelar de la memoria todo recuerdo amoroso? Esta interrogación íntima y punzante se atestigua en una de las páginas más vivas de *secretum*, en la que hace decir a Agustín. Piensa qué ridículo es sentirse señalado por el dedo de las gentes.

Piensa qué grotescas son tus costumbres si las comparas con tu profesión. Piensa cuánto ha dañado esa mujer a tu alma, a tu cuerpo y a tu fortuna. Piensa lo que ha soportado por ella sin utilidad de ninguna clase.

Piensa cuántas veces has sido desilusionado, cuántas despreciado. Piensa cuántos engaños, cuántos lamentos, cuántas lágrimas echadas al aire. Piensa si en algún momento se demostró humana o si fue sólo una breve señal más movible que soplo de brisa estiva.

Piensa cuánto has añadido tú a su reputación y cuánto ha arrancado ella a tu vida. Qué celoso has sido tú de su nombre y cuán indiferente ha sido ella de tu modo de ser. Piensa cuánto te has alejado por ella del amor a Dios, en cuántas miserias ha incurrido.

Y dejo otras muchas razones, sin añadir, para que no se conozcan. No sea que por casualidad nuestros discursos caigan en manos extrañas. En algún tiempo Petrarca había sentido también carnalmente el deseo de Laura, según atestigua en el *secretum* y cancionero.

Pero al regenerarse procuró espiritualizar su sentimiento, haciendo de donna Laura la guía que debía conducirlo a Dios, como camino del amante para no perderse. Redimir el amor terreno por esta vía aparece en *secretum*. Agustín le hace dudar de tal idealización al no creer que el poeta sea capaz de apagar todo deseo impuro.

He aquí las páginas de *secretum* y el nuevo diálogo entre Petrarca y Agustín. Comienza Agustín. Ella ha alejado tu alma del amor de lo celeste, inclinando tus deseos del Creador a la criatura.

Este camino conduce a la muerte. Te ruego que no precipites tu juicio. El amor que yo siento por Laura me ha llevado con certeza a amar a Dios.

Pero ha invertido el orden. ¿En qué modo? En que las criaturas deben amarse por amor al Creador. Tú, al contrario, esclavizado por el atractivo de la criatura, no has amado al Creador como se debe.

Has admirado al artífice como si no fuera capaz de crear nada más hermoso, sin darte cuenta de que la belleza corporal es la última entre las otras bellezas. Apelo al tribunal de quien nos escucha que es la verdad, ateniéndome al testimonio de mi conciencia. Repito que he amado menos su cuerpo que su alma.

La prueba es ésta. Cuanto más se adentraba Laura en años, rayos destructibles de la

hermosura, más me he ratificado en mi opinión. Porque aunque la flor de su juventud la anguideciese visiblemente, la belleza de su alma crecía.

Y como esa belleza hizo nacer mi amor, también ella me volvió constante en el enamoramiento. En caso contrario, hace tiempo que hubiera cambiado de parecer. Utilizas mis propios argumentos.

Responde, si su alma habitase en cuerpo escuálido y nudoso, ¿te hubiera gustado tanto? No me atrevo a decirlo. Porque el alma no puede verse, y la imagen del cuerpo no la hubiera visto de igual manera. Pero si el alma apareciese a los ojos, amaría ciertamente la belleza del alma, aunque se escondiese en un cuerpo deforme.

Tratas de amontonar palabras. Si no puedes amar más que lo que aparece a los ojos, tú has amado su cuerpo. No niego que además su alma y sus maneras hayan acrecentado la llama, porque su mismo nombre, Laura, ha añadido encanto, inmenso encanto a tus fantasías.

En todas las pasiones, especialmente en esta del amor, las menores centellas levantan grandes incendios. Veo donde quieres arrastrarme. ¿Quieres hacerme confesar con obidio, he amado el alma con el cuerpo? Petrarca divide su obra poética a triunfos en seis partes.

Cada uno de los títulos es derrotado por el que sigue. En este orden, amor, pureza, muerte, fama, tiempo y eternidad, son las aspiraciones de todo humanista. ¿Son respuesta a la pregunta qué es, pues, el hombre?